

calno ejecutó entonces un acto de desprendimiento y pobreza notables, disponiendo que á la comunidad no se sirviese nada de lo provisto por el Emperador, y que en cambio se distribuyese todo á los pobres, contentándose los frailes con la estrechez del convento.

Prendado el Emperador de este hecho, y de la prudencia, discreción y virtudes que veía resplandecer en Zumarraga, á quien había consultado varios asuntos, le eligió para dos puestos importantes y de difícil comisión. (1)

El primero fué: deputarle inquisidor en las provincias bascongadas contra la secta de hechiceros y brujos que entonces dieron que hacer á las autoridades religiosa y política, y el segundo presentarle para primer Obispo de la iglesia de Nueva España, llamada *Carolense* en aquella época. (2)

Estudiaremos y reseñaremos, con la brevedad posible, estos dos cargos desempeñados con acierto por el ínclito durangués.

I

CUESTIÓN PREVIA

Y primeramente, aun á costa de excitar el pas-

Provinciales en el gobierno de la Religión. Vide, *Compendium Quaestionum Regularium P. Emmanuelis Rodérici; verb. Definitorum, Lugduni, MDCXXI*. Las Ordenes religiosas se hallan divididas en Provincias y estas en Definitorios. El superior de un conjunto geográfico de conventos, abadías ó prioratos es el *Definidor*, y el superior de todas las casas de una provincia religiosa *Provincial*.—Permaneder, *Dicc. Teológ.* de Vetter y Velte.

(1) Daza, Mendieta Torquemada, Luzuriaga y otros.

(2) Villanueva, tomo XII de su *Año Cristiano*.—Madrid, 1734.

mo ó la hilaridad de los *espíritus fuertes*, vamos á probar la posibilidad y existencia de la secta de hechiceros conocidos con el nombre de *brujos*, que han sostenido comercio con el demonio.

Es un axioma filosófico que del hecho de una cosa se prueba su posibilidad. *De facto ad posse valet illatio*. Ha habido hechiceros y brujos, luego su existencia es posible.

1.º Dos clases de adversarios se presentan en esta cuestión. Primera: la de los que rotundamente niegan la existencia real de los sortilegios, filtros, magia diabólica, hechizos, divinaciones y encantamientos, debidos á un trato ó comercio con los demonios (1), y segunda la de los que dudan de este comercio con el demonio, atribuyendo cuanto acerca de esto se ha dicho, á la ignorancia de las ciencias físicas, á la embustería y astucia de hombres depravados que han engañado al vulgo, ó á una mera ilusión fantástica.

No cabe duda que, al lado de los verdaderos hechiceros y brujos, junto á la realidad de este comercio con los malos espíritus, ha habido mucha supercheria; que no se puede ni debe dar crédito á todo lo que acerca del particular se ha dicho y escrito; que, sin este pacto con el diablo, han existido muchas almas perversas que han entretenido y alucinado al pueblo sencillo, haciendo pasar sus manejos odiosos por operaciones diabólicas. No todo se debe creer fácilmente en este punto, ni todo se debe negar; pero tampoco se puede deducir racionalmente la imposibilidad absoluta de los hechizos y *brujerías*, porque se hayan inven-

(1) Perroune, *Prelectiones Theologicae*. Tomo III, cap. V, Prop. II.

tado mil consejas en otros tantos libros y leyendas.

2.º Y descendiendo á la posibilidad y existencia de los conciertos humanos con el demonio y viceversa, hay argumentos intrínsecos y extrínsecos que los comprueban.

Los argumentos intrínsecos son: 1.º La existencia real de los demonios. 2.º Su malicia, el odio implacable que profesan á la humanidad; el perverso sentimiento que les guía en todas las obras relacionadas con los hombres. 3.º La vana curiosidad de éstos, su codicia, su ambición, la satisfacción de mil pasiones, y sobre todas, la de la venganza.

Reflexionemos.

3.º Es doctrina católica, que después del pecado del primer hombre, la humanidad quedó bajo el imperio del demonio, esclava de este tirano cruel: (1) que Dios, en pena del pecado, y ejerciendo justicia altísima é insondable, dejó al hombre en poder de su rabioso enemigo. En la lucha entablada en el paraíso, el demonio quedó vencedor del hombre: y el padre de la mentira, el homicida desde el principio, el espíritu malo, *spiritus nequam*, llevado de su furor contra Dios y contra el hombre, estableció la idolatría en el

---

(1) Acerca de esto dice Santo Tomás en la tercera parte de su *Suma*: *Tria sunt consideranda: Primum quidem ex parte hominis qui suo peccato meruit, ut in potestatem traderetur diaboli, per cujus tentationem fuerat superatus. Aliud autem est ex parte Dei, quem homo peccando offenderat, qui per suam justitiam hominem reliquerat potestati diaboli. Tertium est ex parte ipsius diaboli, qui sua nequissima voluntate hominem á consecutione salutis impediabat.* (Quaest. XLIX, Art. II.)

mundo, de donde nació todo linaje de superstición.

Es también enseñanza católica, que el demonio con todo su poder y el ciego encono con que se opone á la salvación de los hombres, no puede cosa alguna en contra de estos sin permisión de Dios; que con la instalación del reino de Jesucristo en el mundo, con su pasión y su muerte, el poder del infierno quedó muy quebrantado, según aquella frase del Salvador antes de su pasión. *Et nunc princeps hujus mundi efficietur foras.* (Joan, 12.)

Mas, por permisión divina, el demonio puede tentar á los hombres en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo. Hé aquí entablada una lucha: lucha terrible, pero no desigual; (1) lucha entablada para prueba y galardón de los justos, y condenación de los malos. De aquí que la vida del hombre sea llamada por Job milicia sobre la tierra: *Militia est vita hominis super terram*, y San Pablo declaró esta pugna que tenemos que sostener contra las potestades y príncipes del infierno. *Est nobis coluctatio... adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum.* (Ad. Ephes. 6.)

---

(1) Decimos lucha terrible, pero no desigual, porque al permitir Dios que el demonio tienta á los hombres y les prepare lazos, no les deja desarmados. Poderosísimos recursos tiene el hombre para vencer. La protección del Señor nunca falta á quien la implora *Facienti quod est in se, Deus non denegat gratiam*. En la abundancia de los divinos auxilios, en el Ángel Custodio, en la eficacia de los Santos Sacramentos y en la oración encuentra el mortal, en su paso á la eternidad, una armadura poderosa para desvanecer las maquinaciones de su perpetuo enemigo. Así se expresa Santo Tomás.

De dos maneras puede impugnarse el demonio al hombre, como dice el Sol y Ángel de las escuelas, Santo Tomás, (*Pars prima, quaest. CXIII.*) Una, instigándole al pecado, llevado siempre del inveterado rencor que abriga contra la eterna felicidad de aquel, permitiéndole Dios en sus inescrutables juicios; y la otra, seduciéndole en castigo de su maldad y de su contumacia, y entonces el demonio es ejecutor de la justicia del Altísimo.

4.º Supuestas estas verdades, díganos los adversarios de los pactos reales con el ángel prevaricador, qué es lo que puede impedir, qué repugnancia hay en que, consintiéndolo Dios, los demonios traten con los hombres y entablen con ellos relaciones en pena de su pecado, y con este motivo operen cosas maravillosas, fuera del alcance y de la penetración de los hombres.

El demonio, aunque perdió la gracia y la gloria por su rebelión contra Dios, no quedó privado de sus cualidades propias y naturales de ángel, y es innegable que, la ciencia y el poder de los ángeles son portentosísimos. Los demonios, por consiguiente, en su cualidad de ángeles, (aunque malos y réprobos), no perdieron su gran poder, ni su admirable conocimiento de las cosas naturales, y partiendo siempre del supuesto de la permisión divina, pueden ejecutar obras estupendas para ruina de los pecitos.

Supuesta la divina permisión, justos y pecadores pueden ser víctimas de las iras del demonio. Los justos, para que con su oposición á las sugestiones del enemigo merezcan ante Dios, practicando la virtud, á fin de que en ellos resplandezca la gloria de Dios como sucedió en Job; y los pecado-

res, para que en ellos brille la justicia divina, como sucedió en Acab, y en Faraón, rey de Egipto, cuyos magos, haciendo sus prodigios *ope demonis*, (1) sirvieron para dos cosas: para hacer resaltar los verdaderos prodigios de Moisés, proclamando en ellos el dedo de Dios: *digitus Dei est hic*: y para el endurecimiento del perverso coronado de Egipto, en pena de su obstinado corazón.

5. Los argumentos extrínsecos en pro de la posibilidad y existencia de ese comercio diabólico con los hombres, existen en todos los pasajes de la Biblia, en los que se demuestran los actos supersticiosos á que se entregaron algunos.

El Antiguo y Nuevo Testamento hablan de ellos.

Estos actos, dignos siempre de reprobación y castigo, tuvieron su origen en la idolatría. Cuando los pueblos, con sus pasiones y vicios, olvidaron las leyes natural y divina, se entregaron á todo género de delirios y absurdos. Olvidando á Dios, erigieron divinidades donde quiera, y el demonio dominó como un rey absoluto en casi todas las naciones. (2)

Apenas existe un pueblo en la tierra que no haya admitido la magia, la divinación, los hechizos, las brujerías y toda clase de superstición.

El demonio es á manera de un mono que trata de imitar á Dios. *Simius et simulator divinitatis*:

(1) *Sicut magi Pharaonis per virtutem daemonum veros serpentes et ranae fecerunt. Et quando ignis de coelo cecidit, et familiam Job cum gregibus pecorum uno impetu consumpsit et turbidum deficiens filios ejus occidit, quae fuerunt OPERA SATANAE, phantasmata non fuerunt, ut Aug. dicit, 20 de civit. Dei Pars Summae, Quaest. CXIV Art. III.*

(2) A excepción del pueblo hebreo todas las naciones admitieron la idolatría, y aun el pueblo escogido prevaricó, algunas veces, ejerciéndola.

y cuando el Señor lo permite, ciega á los hombres y los aprisiona en mil redes.

Hubo un tiempo en que el ángel malo, dominando en el mundo por la superstición, se sirvió de las tretas arriba mencionadas para seducir las almas y apartarlas de Dios. Este es su oficio, tentar á los hombres, pervertirlos, engañarlos. Aunque hoy las brujerías, hechizos, magia, filtros, etc., están en desuso, ó cuando menos no gozan del prestigio de otras épocas, el culto al demonio existe. El espíritu de tinieblas, que no descansa en su obra de perturbación moral y social, ha vuelto á suscitar el *Espiritismo*, la supuesta evocación de las sombras de los muertos, superstición antiquísima, reprobada y condenada en el Antiguo Testamento.

La superstición es propia de los hombres ignorantes en religión ó esclavos de un corazón excéptico y maleado por las pasiones.

Nuestra época cuenta miles de Wossios. (1) Estos desdichados, incrédulos á la palabra de Dios, admitirán todo género de supercheria. Todo menos las verdades religiosas.

6. La adoración y el culto son cosas tan arraigadas en la naturaleza humana, que si el debido homenaje no se presta á Dios, el demonio lo arrancará para sí; y los llamados espíritus fuertes, quieran ó no, evidencian, con sus ridiculeces y extravíos, la necesidad de la religión. No admitirán el

(1) Isaac Wossio, protestante, que mientras se hallaba con mil perplejidades y dudas acerca de las verdades reveladas, creía sin discernimiento lo más ridículo y paradójico que se le contaba. De él decía Carlos II, rey de Inglaterra: «Wossio es un hombre singular; cree en todo, menos en la Biblia.» Murió en Windsor en 1689.

dogma católico, se burlarán de las prácticas religiosas, desoirán á la Iglesia, negarán la fe, abrazando la *libertad* (?); pero, de un modo ó de otro, rendirán culto á cualquiera cosa. No lo recibirá Dios, pero lo recibirá con agasajo el diablo. *Ibunt in adventibus suis*.

Extravagante, ridículo, increíble es para estos lo que la teología, la historia y los procedimientos judiciales, canónicos y civiles consignan acerca de los hechiceros y brujos, sea por espíritu de incredulidad, sea por no dar fe á estas *antiguallas*, (por más que hoy sean tan posibles como en siglos anteriores) y sin embargo incurren en lo mismo que rechazan y motejan.

¿Qué es el verdadero espiritismo sino un comercio con el demonio? (1) «Querrán acaso nuestros descendientes creer, dice La Fuente, (2) que en 1870 había en Madrid personajes públicos, diputados, senadores; periodistas, exgenerales y magistrados que apenas creían en Dios, que eran francmasones, que hablaban del catolicismo con el mayor desprecio, y con todo eso preguntaban á una mesa ó á un canasto los recónditos misterios que querían averiguar y se comunicaban con los ángeles blancos y los ángeles negros de Allan-

(1) Si alguien quiere enterarse de lo que es el Espiritismo, lea con preferencia á otras obras: EL ESPIRITISMO EN EL MUNDO MODERNO, escrito por uno de los sabios redactores de la *Civiltá Cattolica*, y que, traducido al español, se imprimió en Lugo en 1870. Este libro trata con extensión de cuanto se puede desear para conocer la secta de los *espiritistas*. Imprenta de Soto Freire. Puede también consultarse con fruto al P. Matignon en su obra *Les Morts et les vivants. Entretiens sur les communications d'autre tombe*. Y *Le Magnetisme, le Spiritisme et la Possession sur les esprits*, por el jesuita Palloux.

(2) *Historia de las sociedades secretas...* Tom. I, pág. 38. Lugo, Imprenta de Soto Freire, 1870.

»Kardec? Pues esto está pasando en Madrid» (y pudiera haber añadido en Barcelona, Sevilla, Zaragoza, Burgos, Lérida, etc.) «y los que se burlan de »las brujas de Zugarramurdi se enfadan si uno se »ríe de las evocaciones espiritistas.»

Más que risa, debiera inspirar lástima la práctica del espiritismo.

7. Los sectarios de la superstición, los adoradores del demonio, han existido en todos los siglos, sea cual fuere la forma con que han comerciado con el espíritu malo. Y de este pernicioso contagio no se han librado los pueblos que en la historia se precian de más ilustrados.

El comercio con el demonio no es patrimonio exclusivo del vulgo ignorante. En la antigüedad florecieron la magia y la divinación en los pueblos más adelantados en la cultura, como fueron los romanos, los griegos, los caldeos y los egipcios. En estos pueblos, orgullosos por el número de sus filósofos, de sus astrónomos, oradores y poetas, estaban en boga los oráculos, los vaticinios, la magia y las divinaciones. El mismo Cicerón confiesa y demuestra que la práctica de estas malas artes se hallaba patrocinada por los filósofos más distinguidos. «Si no se encontrara un apoyo en los filósofos, aun en los más ilustrados y que pasan por »los más sabios, se llegarían á despreciar.» (1)

En vano clamaba Cicerón contra las prácticas supersticiosas de sus contemporáneos, porque todos ellos adoraban públicamente al demonio en los mil simulacros y oráculos de sus templos. En nuestros días, si las *buenas venturas* y las adivi-

(1) De Divinat. lib. 2, n. 149.

naciones subsisten todavía en el pueblo bajo, como restos supercheros, las altas clases, las gentes encopetadas, que se burlan de las gitanas y adivinatoras, se reúnen para profesar el espiritismo, para consultar al demonio, para evocar las sombras de los que tocaron en las playas eternas. Paris, Londres, Washington, New York, Baltimore, Madrid y otras ciudades han tenido y tienen sus templos espiritistas, sus órganos en la prensa que publican las maravillas de los *brujos* á la *dernière*: libros, revistas, catecismos, almanaques, que inician á los afiliados en los secretos de la secta y difunden el culto de los *espíritus*. Y sin quererlo, estos *genios sobresalientes* de la incredulidad, que quizá negarán la inmortalidad del alma, proclaman este gran principio al *evocar* las almas de los finados é *inquirir* de ellas cosas ocultas y explicaciones religiosas. ¡Cuán cierto es que, si el hombre no es religioso, será indefectiblemente supersticioso!

La religion ha condenado siempre estos actos, lo mismo en los siglos llamados *bárbaros* que en los que se apellidan cultos, y los protestantes no son los que menos han admitido estas supersticiones. (1)

En las naciones católicas este virus se infiltró principalmente con la invasión de los Bárbaros,

(1) «Los protestantes, que han desechado todas las prácticas de la Iglesia, son en cuyos países corren en mayor número que entre los católicos, la adivinación, los sortilegios y las demás especies de *magia* como es de ver en Suiza, Inglaterra y varias partes del Norte. En el mismo tiempo en que la Inglaterra no quería reconocer otra ley ni otra regla que lo que llaman la *pura* palabra de Dios, hallábase toda llena de astrólogos, magos y hechiceros.» Du Clot. Vind. de la Bib., tom. III, pág. 263 y 264, edición de Mad. de 1826.